

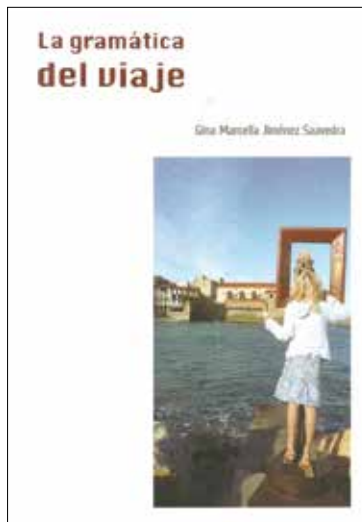
La gramática del viaje, de Gina Marcella Jiménez Saavedra

JOSÉ LUIS ARRIAGA ORNELAS

La actividad más humana es la reflexión, y la actividad humana más valorada es la creación. Gina Marcella Jiménez nos ofrece en *La gramática del viaje* el resultado de un trabajo que —según nos dice— consistió en “desenmarañar para poder diseñar un mapa más amplio de la idea del viaje, propicio para la reflexión y la creación” (p. 15).¹

¿Qué hace falta para reflexionar y crear? En *¿Qué es conocimiento?*, José Ortega y Gasset argumentaba que un antiquísimo —e inevitable— hábito social es producir elencos de cosas: “separar y agrupar son los principios básicos de prácticamente todas las actividades humanas” (1992: 52). Entonces, eso es lo que se precisa para reflexionar y crear: contar con elementos. Y Jiménez confiesa: “tenía un cierto conocimiento en torno del viaje, un saber inconsciente que era necesario descubrir, organizar, hacer visible y clasificar”. Así que en su libro lo que nos ofrece es la construcción

¹ Las citas provienen de *La gramática del viaje*, de Gina Marcella Jiménez Saavedra, por lo que aquí y en adelante sólo se mencionará el número de página correspondiente.



Gina Marcella Jiménez Saavedra, *La gramática del viaje*, Toluca, UAEM, 2012.

de un orden para descifrar la experiencia de viajar, por eso lo nombra ‘gramática’.

Esta gramática se plantea como una serie de “discursos de viaje”, lo cual la convierte en una especie de tríptico que organiza elencos de cosas muy poco vistas. Es un tríptico porque delinea “tres itinerarios: el primero es el del viajero, el segundo es el del aventurero y el tercero es el del nómada” (p. 17). Todo discurso, de acuerdo con Foucault, posee en su interior reglas que delimitan el tipo de objetos que pueden caber en él, o la clase de planteamientos que le son permitidos. Pese a la dificultad que entraña, Gina Marcela Jiménez intenta en su texto conjuntar instancias como la mirada, el territorio, el deseo, el espacio y el tiempo. Del cruce de estas instancias emerge un haz que ilumina un área donde están presentes objetos como el tránsito, el caminar, el ver, el extrañamiento; todos ellos elementos

que el libro de Jiménez vuelve visibles y se nos revelan como savia de la condición humana: el hombre siempre ha mantenido una condición de viajero.

Hay en este libro muchas cosas dignas de reflexión, por ejemplo, la siguiente anécdota que nos comparte Gina Marcella:

Recuerdo una noche de invierno, en las vías del tren de una estación en Palermo: crucé miradas con dos hombres que, como yo, aguardaban en una banca la llegada del tren. Instantes más tarde el hombre joven sacó una navaja, en una actitud que para mí era amenazante. Fueron unos minutos de angustia antes de observar cómo, ahí mismo, empezó a rasurar al hombre mayor, mientras que me buscaba con la mirada y en un italiano enredado contaba que eran emigrantes croatas y que se mudaban de la ciudad para encontrar trabajo; allí no habían tenido suerte. Mientras lo afeitaba el hombre joven manifestaba que quería que su padre estuviera guapo, para ver si en el nuevo lugar encontraba una buena esposa que lo acompañara.

Al ver los trajes raídos, las manos ásperas y callosas, su mirada humilde, sentí vergüenza, abatimiento por haber tenido miedo: aquel miedo atávico que se posee, lo he comprobado, cuando se viene de un país desgastado por la violencia, y se presume que cualquier movimiento

extraño puede ser una señal inequívoca de peligro. Para ellos en cambio mi mirada había sido cómplice, representó otra cosa, quizá una ilusión (pp. 26-27).

Este libro puede comentarse como objeto, como documento de investigación y reflexión; pero también como testimonio de vida, porque en sus páginas nos topamos con algunas confesiones personalísimas, como la siguiente:

... hace más de dos décadas constaté que padezco una grave enfermedad y si bien he de confesar que descubrir el motivo de mi dolor me ha tranquilizado un poco, la fatalidad de la certeza me ha acompañado desde entonces: es incurable. Sólo hay una suerte de “remedios”, paliativos, que he tenido que auto-suministrarme cada cierto tiempo, sin albergar siquiera el deseo o la esperanza de que la enfermedad llegue a su fin (p. 23).

Como objeto, del texto de Jiménez Saavedra pueden destacarse la calidad de los ensayos fotográficos, puestos en papel de muy buen gramaje, y el cuidado de la edición en general. Asimismo, quisiera subrayar que *La gramática del viaje* consigue hacernos sentir la necesidad de responder a preguntas como éstas: ¿De qué está hecha nuestra mirada?, ¿qué pasa cuando ésta cambia?, es más, ¿cómo puede cambiar o reconstruirse?, ¿de cuántas maneras es posible viajar?, ¿acaso se puede emprender un desplazamiento

que no sea espacial y que, a su vez, sea un movimiento hacia sí mismo y hacia el otro?, o bien, ¿cuántos puntos de fuga pueden existir cuando uno camina?, ¿podemos trazar una cartografía a nuestro antojo para descubrir precisamente la geografía que nos interesa?

“Seguir nuestros sueños”, “buscar el camino”, “perseguir ideales” son enunciados que resultan pertinentes sólo en la positividad del viaje; es decir, bajo las reglas discursivas del viaje, las palabras existen de una forma singular. Cuando se le dice a alguien que “busque la felicidad” se ponen en juego todo ese conjunto de reglas que son precisamente las de la gramática del viaje. En tal gramática —nos dice Jiménez— el alejamiento de lo estable es la condición básica: se aleja de su casa el aventurero; de la familia, el migrante; de las prenociones, el pensador; de la realidad, el escritor de ficción; de los cánones, el artista de vanguardia. El viaje es como un tajo transversal en la vida del ser humano; *La gramática* revela su presencia en la experiencia religiosa, en el arte, en la filosofía, incluso en la composición anatómica del individuo: diseñado para caminar.

Llama la atención que, como instrumento heurístico para trazar el mapa de la noción viaje, Jiménez haya utilizado su propio ser: fueron sus pies los que caminaron por varios continentes, sus ojos los que abrevaron de paisajes y personas, sus pensamientos los que trocaron, su existencia la que se puso al límite durante

años de viaje. Su desplazamiento la llevó a alejarse, en principio, de ese territorio que modeló su carne, esa región a la que le debe su mirada primigenia: Colombia. La consecuencia fue el rompimiento con sus amarras, con su lugar, su espacio y tiempo. Ella vivió del modo en que lo hace el hombre viajero, el “que se transforma, que se construye, que se derrumba, que envejece y renace en el trayecto” (p. 15). De toda esta vivencia nos regala dos cosas: por un lado, su reflexión y discusión con pensadores de diversas épocas en torno al *homo viator* y, por el otro, su creación artística en varios ensayos fotográficos. Todo ello incluido en *La gramática del viaje*, texto que se ha hecho público bajo el sello editorial de la Universidad Autónoma del Estado de México y cuya circulación comenzó desde principios de este año.

REFERENCIA

José Ortega y Gasset (1992), *¿Qué es conocimiento?*, Madrid, Alianza Editorial.

JOSÉ LUIS ARRIAGA ORNELAS. Licenciado en Comunicación, maestro en Estudios Latinoamericanos y doctor en Ciencias Sociales por la Universidad Autónoma del Estado de México. Ha sido reportero, redactor y coordinador editorial de diferentes publicaciones y medios de comunicación electrónica, así como asesor en instituciones como la Comisión Nacional de Derechos Humanos y el Instituto Federal Electoral. Ha publicado una decena de ensayos y artículos en revistas especializadas, y capítulos en libros sobre derechos humanos, estudios antropológicos y de las ciencias sociales en general. Es profesor de tiempo completo de la Facultad de Antropología de la UAEM.